

Mujeres *in itinere*. Fronteras espirituales y terrenales en Brígida de Suecia y Catalina de Siena

Women *in itinere*. Spiritual and earthly borders in Brigid of Sweden and Catalina of Siena

María Estela Lépori de Pithod

Universidad Nacional de Cuyo, Argentina

melpithod@gmail.com

Recibido: 17/05/2021 Aceptado: 11/06/2021

Resumen: En el presente trabajo se hace visible a dos mujeres viajeras y escritoras que intervinieron en conflictos políticos del siglo XIV: Brígida de Suecia y Catalina de Siena. Ambas se preocuparon por los problemas derivados de la estada de los papas en Avignon. Brígida influyó en el regreso a Roma de Urbano V, permanencia que duró solo tres años. Catalina contribuyó con particular empeño en el regreso definitivo del papado a Roma. Además, intervino activamente para poner fin a las luchas de las ciudades italianas entre sí y con el papa.

Palabras clave: Brígida de Suecia- Catalina de Siena- Siglo XIV- Papas en Avignon.

Abstract: This paper presents two female travelers and writers who took active part in the political conflicts during the XIV century: Bridget of Sweden and Catherine of Siena. Both women were concerned with the problems that arose as a consequence of the residence of the popes in Avignon. Bridget specially influenced upon the return of Urban V to Rome, stay that only lasted three years. Catherine, on the other hand, contributed with particular effort to the definite restoration of the Papacy in Rome. Besides, she actively participated in the attempts made to put an end to the fights of the Italian cities among themselves and the conflicts held between these cities and the pope.

Keywords: Bridget of Sweden- Catherine of Siena- XIV century- Popes in Avignon.

1. Introducción

Brígida y Catalina fueron mujeres que vivieron en mundos cambiantes di-

versos y ambas viajaron por los caminos de la convulsionada Europa del siglo XIV. De ambas hay escritos, aunque el título de escritoras se aplica mejor a una que a la otra.

El nombre de Brígida se encuentra entre los famosos de la historia de la cultura sueca, cultivó cualidades sobresalientes como esposa, madre, mística, política y también como escritora. Fue una mujer andariega. Peregrinó a santuarios de Noruega, Suecia, Alemania, Francia, España, Italia y Tierra Santa.

Por su parte, Catalina de Siena, joven, soltera y mística, mantuvo una abundante correspondencia con las figuras principales de su época: papas, reyes y reinas, condes, embajadores sobre los conflictos políticos de aquel entonces.

Son dos mujeres que fueron contemporáneas en el siglo XIV y que seguramente coincidieron en algún momento de sus vidas en Roma, aunque no consta que se conocieran. Mujeres de muy diversa condición, Brígida pertenecía a la nobleza de Suecia en tanto que Catalina era una joven de condición humilde, analfabeta cuyo padre se ocupaba del teñido de lanas. En ellas nos encontramos con la frontera entre lo terrenal y lo espiritual. Las dos tuvieron una destacada intervención en los problemas temporales de ese agitado siglo y ambas lo hicieron convencidas de que lo hacían porque Dios se los pedía. Dios hablaba con ellas y les manifestaba su voluntad para que actuaran en consecuencia. Obviamente el historiador no puede aseverar la realidad de las revelaciones, pero eso no implica negar que ellas, y muchos de sus contemporáneos, así lo entendían.

Catalina, que no sabía escribir, dictaba sus conversaciones con Dios a alguno de sus seguidores como así también las numerosas cartas que enviaba, de las que nos han llegado cerca de cuatrocientas. Los coloquios con Dios Padre fueron publicados en un libro: *El Diálogo*. Brígida escribía sus revelaciones en sueco y las entregaba a su director espiritual que las traducía al latín.

Catalina, hija número 25 con su hermana gemela, era una joven piadosa que pese a la presión de su familia, se negó a casarse y en un comienzo fue castigada severamente; luego, obtenida su libertad, se hizo terciaria dominica. Atraídos por su prédica se formó en torno a ella una especie de familia de la que ella era la *Mamma*. Pero ese mundo sobrenatural en el que parecía vivir no le impidió afrontar los problemas temporales, interviene activamente en los conflictos entre las ciudades italianas, entre Florencia y el papa y en la crisis por la que atraviesa la Iglesia.

Brígida, por su parte, perteneció a una familia aristocrática rica, emparentada con los reyes de Suecia. Fue esposa, madre, dama de la corte, acostumbrada a tratar con soberanos y con altos prelados eclesiásticos. Gran viajera, fundó la orden religiosa llamada Orden de Cristo Salvador que pervive hasta nuestros días. La casa

donde ella vivió y murió en Roma, en la plaza Farnese, alberga en la actualidad un convento de Brigitas o Brigidinas, una iglesia y un hospedaje.

A los 14 años, edad que era considerada ya de madurez para contraer matrimonio, Brígida fue dada como esposa a un noble sueco. Tuvieron ocho hijos y fueron muy felices hasta la muerte de su marido, ocurrida a los 28 años de casados. Cuidó con esmero la educación de sus hijos buscando excelentes preceptores, los llevaba con ella a realizar sus numerosas obras de caridad tales como visitar y curar a los enfermos y dar de comer a los pobres, precisamente había hecho construir hospitales para alojar a los necesitados.

Ellas, Brígida y Catalina, compartieron la preocupación por la permanencia de los papas en Avignon y lucharon para que el Sumo Pontífice regresara a Roma y, sin duda alguna, la influencia de Catalina fue decisiva para lograr el retorno definitivo.

A comienzos del siglo XIV, casi al tiempo que nacía Brígida, el papado se trasladó a Avignon, que era territorio pontificio pero que implicó una creciente influencia francesa en los asuntos eclesiásticos. De hecho, gran cantidad de cardenales y los pontífices fueron franceses. La prolongada ausencia del papa de Roma significó un quebranto de la ciudad en numerosos aspectos, se produjo un abandono reflejado en el deterioro de los edificios, en la delincuencia, en la agitación política y social, en el aumento de la violencia. Y un gran relajamiento en la disciplina eclesiástica tanto en la jerarquía como en el bajo clero, incluso en los monasterios que habían brillado en los siglos anteriores.

Brígida era muy culta, había tenido como confesor a un famoso biblista, el maestro Matthias a quien ella pidió que tradujera la Biblia al sueco. En 1335, su primo el rey, la llamó como dama de honor de su joven esposa, que era de procedencia francesa para que Brígida le facilitara su aprendizaje en el idioma y las costumbres suecas. Y aunque ella prefería una vida lejos de la corte con sus hijos, debió aceptar y llevó consigo escritos unos consejos que el rey debía seguir para gobernar como un monarca cristiano. Las exhortaciones de Brígida, bien recibidas al principio, pronto cansaron a los reyes que preferían una vida superficial y lujosa. Es el momento en que Brígida y su esposo deciden peregrinar, primero, en 1338, a Noruega a la tumba de Olaf II y luego de su regreso a Suecia, en 1341 peregrinan a Santiago de Compostela. En este camino atraviesan Alemania, Francia y España. Realizan escalas en Colonia para venerar las reliquias de los Reyes Magos, en Aquisgrán por la tumba de Carlomagno y otros sitios de devoción de santos.

Este itinerario le otorgó a Brígida una conciencia más viva de lo que significaba la estadía del papado en Avignon así como lo que implicaba la guerra que había

comenzado entre Inglaterra y Francia, y esto influyó en su posterior acción política. Ya antes del inicio de la guerra ella procuraba convencer a los dos monarcas de evitar el conflicto armado al mismo tiempo que pedía a otros gobernantes europeos que mediaran para lograr la paz. Poco tiempo después del regreso a Suecia de la peregrinación jacobea, falleció su marido. Ella repartió sus bienes y fundó la orden religiosa cuyos estatutos debía aprobar el papa. Lo mismo que en el caso de Fontevault, los hombres estaban sujetos a la abadesa porque la orden había sido fundada para mujeres y los hombres solo eran admitidos en razón del ministerio sacerdotal. Con motivo del jubileo de 1350 emprende una peregrinación a Roma. Allí comprobó el decaimiento de la ciudad tras la partida del papa y le envió mensajes instándolo a que regresara a Roma, durante su estadía en esa ciudad peregrinó a Asís y a diversos santuarios italianos.

2. Brígida, Catalina y los papas

Brígida viviendo aún en Suecia había comenzado a tener visiones celestiales y a recibir revelaciones. Obviamente, la verdad o no de estos sucesos no pertenece a la historia, pero sí el que ella estaba firmemente persuadida de que Dios la había elegido para hacer llegar sus mensajes por su intermedio. La veracidad de esas revelaciones ha sido puesta en duda, si no de todas al menos de algunas. Sea lo que fuere de esa cuestión, reitero que lo que realmente importa es el convencimiento de Brígida y de sus contemporáneos de su autenticidad. Brígida enviaba a los papas los mensajes que recibía en sus revelaciones. Si bien era de la nobleza y trataba con personajes importantes de su época llama la atención la dureza del lenguaje, aun aceptando que quien hablaba era Dios. En el año 1367 Urbano V decide retornar a Roma y hace su entrada triunfal en octubre. Pero al cabo de tres años resuelve regresar a Avignon. Brígida desea enviar el papa un mensaje que su confesor se niega a llevar; entonces ella en persona se presenta ante el Pontífice y le manifiesta que la Virgen dice lo siguiente:

Se ha apartado de mí, y me volvió el rostro y la espalda, y lo conduce el espíritu maligno con sus engaños. Cansado de su divino trabajo, opta por su conveniencia material. También lo atraen con delectación terrenal las costumbres de su nación. Asimismo se deja llevar por los consejos de sus amigos mundanos.¹

Brígida le advierte que si vuelve a Avignon moriría pronto y que en el juicio tendría que dar cuenta de sus acciones y de sus omisiones. Urbano regresa a Avig-

1 Los textos de Brígida proceden de Llorca 1967:174. La traducción del latín es mía.

non y muere dos meses después. Es electo como papa Gregorio XI a quien Brígida escribe, al menos en tres ocasiones conminándolo a trasladarse a Roma. En uno de esos mensajes le llama *asesino de almas, más injusto que Pilato y más cruel que Judas*. Y amonesta al papa informándole que la Virgen afirma que si no regresa a Roma *se le abreviará la vida y será llamado al juicio de Dios sin que la ciencia de los médicos ni los aires natales de su patria le sean de provecho*.

A los sesenta y ocho años Brígida emprende una peregrinación a Tierra Santa; de regreso a Roma enferma y muere el 23 de julio de 1373. Poco antes había enviado un duro mensaje al papa en el que Cristo dice:

Escucha Gregorio XI papa, ¿Por qué me odias tanto? ¿Por qué tanta audacia y presunción tuya contra Mí? ¿Por qué tu corte mundana quiere dañar mi corte celestial? Tú eres un soberbio que expolias mis ovejas y los bienes que injustamente tomaste de mis pobres los das a tus amigos ricos. Y ¿por qué haces esto? porque en tu corte reina grandísima soberbia, una codicia insaciable, una lujuria execrable y una horrible simonía. Más aun, me quitas almas porque las que vienen a tu corte las envías al fuego de la gehena. Debes comenzar la renovación de mi Iglesia porque ahora se reverencia más un lupanar que la santa madre Iglesia. Si no obedeces mi voluntad, debes saber que toda mi corte celestial te condena.

Debo señalar que no me parece atinado que los autores que parecen aceptar las revelaciones de Brígida, decidan cuáles son verdaderas y cuáles no. Es el caso de la obra de la cual copio los textos. El autor que escribe sobre Brígida considera que esta última cita contiene *palabras tan duras y tan injustas, que bastan para negar el carácter sobrenatural de esta visión y revelación*. (Llorca 1967:174) La cuestión no es decidir si se trata de una verdadera revelación o no, tarea que no compete al historiador. Aquí lo que interesa es que Brígida envía este mensaje al papa, no quién es el autor.

Catalina, por su parte, sufre por las luchas entre las ciudades italianas y por el enfrentamiento de Florencia con el papa quien había lanzado un entredicho contra la República con todo lo negativo que esto implicaba. Con llamativa libertad amonesta al papa y a los gobiernos sublevados. A Gregorio XI y luego a Urbano VI los increpa y audazmente les ordena con una expresión muy suya que manifiesta su carácter: *io voglio*, ese *yo quiero* es muy típico de Catalina, no se trata de una voluntad caprichosa sino de la voluntad de Dios con la cual ella se identifica. Algunos biógrafos de Catalina atribuyen ese *io voglio* a su condición de mujer; Jorgensen afirma que naturalmente, por ser mujer, considera que su opinión es la mejor y Jacques Leclercq asevera que Catalina *vive y obra con todo el impulso de su potencia femenina de amar. De aquí [...] su soberana seguridad. Las mujeres [...] tienen la intuición de las cosas y las quieren con toda su vibrante sensibilidad*. Y concluye que *el escepticismo es un vicio*

masculino. (Leclercq 1955: 350) *Mi naturaleza es fuego*, decía de sí misma.

Al mismo tiempo que amonesta al papa, se dirige a él con auténtica ternura de hija; emplea frecuentemente la expresión *babbo mio*, *dolce babbo* que cabría traducir como *dulce papito mío* y esto varias veces en una misma carta. Porque ella tiene una gran devoción por el papa, no por sí mismo, sino por ser el Vicario de Cristo, así se refiere a él como *Il dolce Cristo in terra*. Y con gran fuerza exige a los que están en lucha con el papa que lo respeten, llega a decirles que *aun cuando el papa fuese un demonio encarnado, no debería yo levantar la cabeza contra él sino inclinarme ante su autoridad y pedirle esa Sangre (la de Cristo) de la que no puedo participar de otro modo*. (Catalina de Siena 1950:52) La mención de la sangre es muy frecuente en los escritos de Catalina y si bien ella se refiere a los sacramentos, en especial a la Eucaristía, hay que tener presente que el siglo XIV es el de los Cristos sangrantes, que es una de las repercusiones en el arte del impacto de la Peste Negra que asoló a Europa.

En los escritos políticos de Catalina no hay ningún planteo meramente sobrenatural, de ingenuidad, de simpleza; sus consideraciones son totalmente realistas. Y, aunque algo tedioso, es importante leer sus textos. En primer lugar, veamos algunos párrafos de cartas dirigidas al papa Gregorio XI, el último papa francés, mientras residía en Avignon. En ellas se queja de los malos pastores en clara referencia a los delegados papales en las ciudades italianas solicitando que sean desplazadas *esas flores nauseabundas, llenas de inmundicia y de codicia, hinchidas de soberbia que pudren este jardín*. Ordena al papa su regreso a Roma: *Venid, venid [...] De parte de Cristo crucificado te lo digo: no quieras creer en consejeros del demonio [...] Sed hombre viril y no temeroso [...] Dios te llama*. En otra carta escribe que los prelados, pastores y rectores de la santa Iglesia:

se han hecho comedores y devoradores de las almas; no digo convertidores sino devoradores [...] ¡Vamos, con corazón viril y sin pizca de temor seguid al cordero desangrado y consumado en la cruz. Esto quiero que hagas Babbo mio, despójate de todo amor propio [...] no estés inmóvil. (Ídem; mi subrayado)

Y te ruego de parte de Cristo crucificado que no seas un niño temeroso. Abre la boca y traga como dulce lo amargo. Ella quiere que *Dios por su infinita misericordia te arranque toda pasión y tibieza de corazón y te reforme como un hombre nuevo*. Le exige al papa que actúe con justicia y que ejerza su autoridad y que, si no quiere usarla, que renuncie; esto sería mejor para la salvación de su alma. *Yo si estuviera en vos temería que el divino juicio cayese sobre mí [...] Haz que no me queje de vos a Cristo crucificado*. (Ídem)

Catalina no solo escribió al papa, viajó a Avignon como embajadora extraoficial de Florencia; fue recibida por Gregorio y mantuvo una entrevista teniendo como

traductor a su confesor, fray Raimundo de Capua, pues ella solo hablaba el toscano. Se discute si de verdad fue enviada por el gobierno de Florencia, lo cierto es que antes del viaje se reunió con los jefes que se habían levantado contra el papa. Esta situación de mediadora se confirma porque estando ya el papa en Roma, la envía a Florencia para tratar los temas de la paz que se logró por su intermediación. Asimismo, viaja a diversas ciudades a fin de buscar la paz entre ellas y con el papa. Así, tras varios avatares y gestiones de Catalina, se logrará que cese la lucha entre el pontífice y Milán.

En enero de 1377 el papa hace su entrada en Roma con gran alegría de la población. Dos meses después fallece y es electo papa un italiano, Urbano VI, quien pronto manifestó un carácter áspero, extremadamente severo. En el mes de septiembre, cardenales franceses y algunos italianos decepcionados de la forma de ser de Urbano eligen un papa francés. Comienza así lo que se ha denominado el Cisma de Occidente, dos papas, uno en Roma y el otro en Avignon. Esto significó un duro golpe para la joven sienesa que tanto amaba a la Iglesia y que tanto había luchado por el regreso del Pontífice y quien falleció dos años después. Obviamente, el golpe no fue solo para ella, esta situación agravó la crisis de la Iglesia. Catalina dedica ese tiempo a batallar a favor de la legitimidad del papa Urbano a quien apoya dirigiéndole varias cartas de distinto tono. En la que parece ser la primera, antes del cisma, se queja de los malos pastores y urge al papa a tomar las medidas necesarias para la reforma de la Iglesia.

Este es el tiempo en que debes desenvainar este acero; odiar el vicio en vos y en tus súbditos y en los ministros de la santa Iglesia [...] por lo menos, santísimo Padre, sean arrancados de vuestra santidad el desordenado vivir y los necios modos y costumbres de aquéllos.

Luego de la elección del antipapa lo alienta a refugiarse en Dios y al mismo tiempo lo apremia a cuidar su persona porque, los enemigos *no duermen, sino que con malicia y astucia tratan de quitarte la vida*. Con motivo del triunfo de las fuerzas de Urbano que lograron la rendición del castillo Sant' Angelo, el papa fue descalzo en procesión por las calles de Roma, situación que no se había visto en siglos; eso produce a Catalina una gran alegría y se lo hace saber en la que quizás fue su última carta al pontífice.

3. Epistolario de Catalina

Hay en las cartas de Catalina varios aspectos que pueden ser considerados, por ejemplo, relativos al buen gobierno. En la correspondencia con autoridades políticas insiste en que deben despojarse del orgullo y practicar la justicia y cuidar que

ésta no se corrompa por recibir favores o por dinero. Catalina es una mística y en todas sus cartas hay al comienzo una extensa exposición doctrinal, al punto que a veces pareciera que se aleja del tema que quiere tratar, pero siempre hay una aplicación práctica relacionada con las circunstancias concretas del destinatario o destinataria, sucede que todas las cuestiones van enmarcadas en una visión sobrenatural. Mientras realiza tratativas de entendimiento entre el papa y Florencia, se queja ante los jefes de la ciudad: *Vosotros con vuestros impuestos y novedades andáis arruinando lo que siembro. No hagáis más esto, por amor de Cristo crucificado y por vuestra utilidad.* Y al rey de Francia le ruega tres cosas: *La primera es que despreciéis al mundo y a vos mismo con todos vuestros defectos poseyendo el reino como cosa que os ha sido prestada y no vuestra.* La segunda que practique la justicia evitando que se cometan injusticias a cambio de dinero. La tercera, el amor al prójimo. *¡Oh, cuanto debe avergonzarse el hombre que [...] cuida más de adquirir riquezas y de conservarlas que de su alma!* Porque muchos son señores de ciudades y castillos y no tienen señorío sobre sí mismos. Y no cesa de insistir en la necesidad de la justicia a los gobernantes de Siena.

Montserrat Casas Nadal afirma que:

Catalina de Siena propone a través de su Epistolario —al igual que en los Diálogos y en la Vida, escrita por fray Raimundo de Capua— un modelo activo y heroico de espiritualidad femenina. Además, demuestra, a través de las cartas, la altísima conciencia de su acción apostólica; se ve a sí misma enviada por Dios para llevar a cabo un vasto plan de reforma religiosa tanto en las almas singulares como en la sociedad de su época. De ahí que los escritos de Catalina —especialmente las Cartas— asuman la forma y tono de una auténtica predicación, del magisterio y de la amonestación. (1998: 890)

Y subraya el tono exquisitamente maternal y humano que acompaña siempre la acción apostólica de la sienesa. Analiza la correspondencia de Catalina con las mujeres de su tiempo. Destaca la variedad de destinatarios dado que:

escribió a papas, cardenales y prelados, sacerdotes, frailes y monjes, condottieros, gobernantes de ciudades, artistas, juristas, médicos, familiares, discípulos, y a numerosas y variadas mujeres de su época, que jugaron papeles muy diversos dentro de la sociedad italiana de su tiempo, entre los años 1365 y 1380. Las cartas de Catalina no sólo incidieron —con mayor o menor fortuna— en sus contemporáneos, sino que han acompañado generaciones y generaciones de lectores, y gozaron de un alto nivel de popularidad dentro de la tradición literaria y lingüística italiana. (Ídem)

Javier Sesé estudia el ideal femenino de Catalina a través de las cartas dirigidas a mujeres. Señala que se conservan *trescientas ochenta y una cartas, ciento ca-*

torce están dirigidas a mujeres (singulares, en grupo o, en algún caso, con sus maridos); esto le parece un porcentaje alto porque las preocupaciones de Catalina implicaban necesariamente una relación epistolar, sobre todo, con varones, que eran los que gobernaban mayoritariamente la Iglesia y la sociedad civil en el siglo XIV. (Sesé 1993: 636) Esas cartas tienen destinatarias muy variadas y cubren un amplio espectro social, reinas, damas nobles, familiares, monjas, ciudadanas comunes, incluso a una prostituta. En esa correspondencia trata temas de la vida espiritual, de la educación de los niños, consuela a las que han perdido su marido o algún hijo, les aconseja luchar contra los defectos, le pide combatir la murmuración que lleva a difamaciones, calumnias y a juzgar a los demás. Sesé destaca *el planteamiento continuo del amor a Dios en su máxima intensidad (habla mucho, al respecto, de abrasarse en el "fuego" de la caridad) a todo tipo de destinatarias (y destinatarios), sin matices ni excepciones.* (Idem)

Es evidente lo mucho que puede decirse de estas dos mujeres en viaje por mundos cambiantes y diversos. Ambas desgastaron sus vidas para sembrar la paz. En ese sentido, extraña lo poco que se subraya ese aspecto en la actuación de Catalina. En sus andanzas no se presentaron restricciones a sus actividades, solo cabe decir que ambas superaron exitosamente los riesgos propios de los desplazamientos de aquella época.

Ambas, Brígida y Catalina figuran en el santoral luterano y en el católico. En 1970 Pablo VI proclamó a Catalina Doctora de la Iglesia. Junto con Santa Teresa, fueron las primeras mujeres en ser designadas como tales. En 1999, Juan Pablo II declaró a Brígida, a Catalina y a Edith Stein co-patronas de Europa.

Referencias bibliográficas

BRIGIDA DE SUECIA, *El libro de las Revelaciones Celestiales*, numerosas ediciones, documento PDF; copia personal.

CASAS NADAL, Monserrat (1998), "Consideraciones sobre las cartas de Santa Catalina de Siena a las mujeres de su tiempo, y su recepción en España", *Revista de estudios medievales*, 28.1, 889–907. <https://doi.org/10.3989/aem.1998.v28.i0.614>.

CATALINA DE SIENA (1956), *El Diálogo*, Madrid, Rialp.

_____ (1950), *60 Cartas políticas*, Buenos Aires, Losada.

GARCIA VILLOSLADA, Ricardo (1967), "Regreso de los papas a la Ciudad Eterna" Biblioteca de Autores Cristianos, LLORCA, Bernardino (Ed.), *Historia de la Iglesia Católica*, Madrid.

JORGENSEN, Johannes (1943), *Santa Catalina de Siena*, Buenos Aires, Difusión.

LECLERCQ, Jacques (1955), *Santa Catalina de Siena*, Madrid, Rialp.

SESÉ, Javier (1993), "El ideal femenino en las cartas de Santa Catalina de Siena (1347-1380)", *Anuario Filosófico*, 26.3, 635-651. <https://revistas.unav.edu/index.php/anuario-filosofico/article/view/29912/26005>.